



ACTO CUARTO

El teatro representa el departamento que sirve de bajada a la mina.

En el fondo y empotrado casi en un entrante de él, se verá el ascensor defendido por una barandilla. Este ascensor será practicable, con puerta que se abra hacia dentro y estará dispuesto en forma que los actores puedan salir por la espalda suya cuando cierre la puerta. El ascensor penderá de un cable que juega en sentido ascendente y descendente. En la pared a la parte afuera de la barandilla se verá una rueda o manubrio que hace funcionar al aparato. También habrá simulado un timbre de señales eléctrico. Al lado de la barandilla y arrancando del muro un banco de piedra. En primer término a la derecha un montón de lingotes.

En las paredes se verán colgados de clavos, candiles, vestimentas, y útiles de minero.

En el fondo, habrá una puerta. Otra, en la izquierda, que supone comunicar con el vestuario de los ingenieros y capataces.

La otra, en la derecha, figura conducir a los talleres.

Al levantarse el telón, aparecen en escena Daniel y Nemesio.

ESCENA PRIMERA

DANIEL y NEMESIO

NEMESIO Estate prevenío, porque no tardarán en venir. ¡También es ocurrencia! Darles un almuerzo allá abajo, en el fondo de la mina.

DANIEL Arriba o abajo, ¿qué más tié? En toas

partes estarán bien servíos y comerán bien. Son los amos.

NEMESIO

Verdá.

DANIEL

Ya he visto, ya he visto la de cosas que llevan al almuerzo. Por el ascensor han bajao: Tres bateas con la comía que se van a engullir; de gloria era su olor. Luego, cestos con fuentes; platos y más platos; y copas, un batallón de copas. Y las botellas por docenas. Docenas iban de los vinos mejores. Van a pasarlo de primera.

NEMESIO

Abajo han improvisado un comedor que me río yo de la fonda. Lo han puesto en la plazoleta, ande están los ventiladores, pa que el aire circule bien y no sientan la pesaez y el ahogo que trae respirar en los pozos. A más, luminarias por toas partes. La mina, a cuenta de una, paece un palacio encantao.

DANIEL

¿Vienen muchos?

NEMESIO

Don Luis, don Lucas, su señora, ese caballero, esas señoritas...

DANIEL

Vamos, tóos los amos.

NEMESIO

Justo. A más don Fernando...

DANIEL

¿Baja don Fernando con ellos?

NEMESIO

Me afeguro que sí.

DANIEL

¡Ya!...

NEMESIO

De mó y manera que pues lucirte en el nuevo oficio. ¿A ver cómo te portas?

DANIEL

Descuida, Nemesio, cuando tengo una obligación sé cumplirla.

NEMESIO

Lo sé. Pero como ahora te quejas porque te han separao de tu horno y te han metío en la vegilancia del ascensor... (Daniel arrastrará torpemente la pierna izquierda y moverá, torpemente también, el brazo izquierdo, como quien está impedido de ellos.)

DANIEL

Me quejo porque dende niño mi oficio era aquel y tiene que dólirme el haberlo dejao. Ya me acostumbraré. Claro, con la pícara enfermeá que me entró después de

la huelga y con el parálisis de estos remos, no podía servir pa el horno. De más han hecho con no ponerme de patas en la calle. Por lo que hace el cambio de trabajo, ya me acostumbraré. Mirándolo a derechas, el hombre debe saber estar ande le coloca su suerte.

NEMESIO ¡Maldita huelga! Fajos de billetes ha costao a los amos.

DANIEL Dos hijos me ha costao a mí.

NEMESIO Acuérdate de que Pablo fué quien lo movió tó.

DANIEL Acuérdate de que yo visto luto por él, y mía la conversación. (Breve pausa.)

NEMESIO (Mirando hacia el fondo.) Ya vienen allí los convidaos.

DANIEL Entonces, ca uno a lo suyo. (Daniel se dirige hacia el ascensor y Nemesio va, gorra en mano, a la puerta del fondo por la cual entrarán don Lucas, doña Concha, Pepita, Isabel, Luis, don Eduardo, Fernando y Carlos.)

ESCENA II

JOSEFINA, DOÑA CONCHA, ISABEL, LUIS, DON LUCAS, DON EDUARDO, FERNANDO, NEMESIO, DANIEL y CARLOS

CARLOS (A Isabel.) ¡Vaya con el caprichito de la niña! Ea, a vestirnos de mineros y a almorzar debajo de tierra, ni más ni menos que los héroes de Julio Verne...

ISABEL Menos mal que el almuerzo será excelente.

CARLOS Faltaría que fuese malo.

ISABEL No murmuremos antes de almorzar. En tal caso después.

EDUARDO Nada, nada, hay que resignarse. (A Fernando, por Josefina y Luis.) Estos dos locos pueden más que nosotros. No le soltamos. Prisionero de guerra.

FERNANDO Prisionero y de muy buena voluntad mientras dure el almuerzo. Luego, uste-

des a sus diversiones y yo a mi trabajo.

LUCAS Hombre, un día siquiera...

FERNANDO Mejor que nadie sabe usted que me es imposible. A causa del paro han ocurrido en la mina graves desperfectos. No hablemos de la fundición. Hasta hace cuatro días no ha podido marchar, y eso, malamente.

EDUARDO No dejaron un ladrillo sano.

LUIS Tampoco a ellos les dejaron costilla entera. En paz.

LUCAS ¿En paz? Las costillas en el hospital se curaron, sin que tuvieran ellos que rasarse el bolsillo. En cambio nosotros...

FERNANDO No vale quejarse. Ustedes viven; algunos de ellos no.

EDUARDO De ellos fué la culpa. Si no se hubieran resistido se hubieran ahorrado golpes, y a nosotros nos hubiesen ahorrado gastos.

CONCHA Sobre todo los gastos. Las acciones están en baja.

EDUARDO Eso es lo peor.

LUCAS Pronto subirán las acciones, no se ocupen ustedes. Los obreros entran por el aro y vuelven a trabajar todos: todos, menos los significados en la huelga. Esos muertos o despedidos.

EDUARDO Y ella...

LUCAS ¿Cesárea? Esa mujer que fué el alma de la huelga, despedida también. Así como pude echarla de la mina, pudiese arrojarla del pueblo. Menos mal que de esto los mineros han de encargarse. Ya murmuran de ella, recordando que les ofreció la independencia y les llevó a la muerte. Pronto la odiarán. Entonces le será preciso largarse.

EDUARDO A ver. Éstos predicadores llevan su merecido siempre: cuando no los matan los nuestros, les arrastran los suyos.

JOSEFINA (Que ha estado hablando aparte con Luis y coqueteando.) No obstante los obreros...

- LUIS Ya entrarán del todo en el carril. No son malos.
- JOSEFINA ¿No? ¡Y por poco se lo comen a usted!
- ISABEL ¡Yo tuve un susto cuando me lo contaron!
- CONCHA ¿Y yo? ¡Hijo de mi vida, entre las manos de esas fieras!
- LUIS Ea, ya pasó. No hay que ocuparse de ello. Ocupémonos del almuerzo y de que ustedes se pongan impermeables, sombreros... (A Nemesio.) ¿Estamos, Nemesio?
- NEMESIO Sí, señor; tó está listo allá en el cuarto. (La izquierda.)
- LUIS (A Daniel.) Vé preparando los candiles. (Todos menos Daniel y Fernando entran en la habitación de la izquierda. Daniel se pone a encender algunos candiles de los que hay colgados en la pared. Fernando cuelga su sombrero en un clavo y coge otro de minero.)

ESCENA III

DANIEL y FERNANDO

- DANIEL ¿De mó que no sube usted con ellos, don Fernando?
- FERNANDO No: estaré allá abajo hasta la noche. Hay mucha tarea y necesito vigilarla. En esto de los revestimientos os descuidáis los mineros mucho. Así ocurren después las desgracias.
- DANIEL ¡Desgracias!...
- FERNANDO ¡Pobre Daniel!... No son pocas las tuyas.
- DANIEL Sí lo son. Los hijos muertos; la hija... viva, y estos remos inútiles. En fin, paciencia.
- FERNANDO Sí la tienes.
- DANIEL ¡Qué remedio! Teniendo paciencia pasa el tiempo y el tiempo arregla toas las cosas. ¿Conque se quæa usted en la mina después de almorzar?

- FERNANDO Ya lo oíste. Cuando suba lo haré en el ascensor de los obreros. De modo que si tu pregunta era por la tardanza y por tenerme que esperar...
- DANIEL ¿A qué mentir? Era por eso, sí señor. Es tan aburrío estar solo...
- FERNANDO Pues nada, cuando sea tu hora te marchas. Por lo que toca a mí, libre quedas.
- DANIEL Muchas gracias. Usted es bueno siempre.
- FERNANDO (Jovialmente.) Hombre, ¡tanto como siempre! algunas veces, y es bastante para un hombre de carne y hueso.
- DANIEL Lleva usted razón. Ya están aviaos los candiles. Aquí tiene usted el suyo. (Presentando un candil a don Fernando, que lo coge a usauza minera, con la mano izquierda, y sosteniéndolo por el gancho únicamente en el dedo meñique. Breve pausa.)
- FERNANDO Gracias. ¡Pobre Pablo! Era un excelente muchacho, un mozo de valer.
- DANIEL ¡Y el otro! Si usted lo hubiese visto con su uniforme y con sus galones y con sus bigotazos... ¡Daba gozo mirarle! Ya ná. ¡Ná! Tó se arremató. Lo que decía antes, paciencia. (Sale Nemesio del cuarto de la izquierda.)
- NEMESIO ¿Daniel?... Ascensor.
- DANIEL Al momento. (Daniel abre la barandilla del ascensor, mientras salen del cuarto de la izquierda, ya dispuestos para bajar a la mina los que entraron en él. Nemesio coge candiles y los reparte entre algunos caballeros y señoras, que los manejan torpemente.)

ESCENA IV

- JOSEFINA, DOÑA CONCHA, ISABEL, DANIEL, LUIS, FERNANDO, DON LUCAS, DON EDUARDO, NEMESIO y CARLOS
- ISABEL Pero, ¡qué fachas hacemos, santo Dios!
- LUIS No hay más remedio. En la mina, como en la mina. Aquí tiene usted su candil. (En tregándoselo.)

- ISABEL (Cogiéndolo torpemente.) Y esto, cómo es, ¿así?
JOSEFINA No, mujer, qué torpe eres. ¿No te acuerdas de la otra vez? Con el dedo meñique.
LUIS (A Josefina.) Venga esa mano. (A los caballeros.) Ustedes a cumplir con las damas. (Todos se dirigen al ascensor.)
EDUARDO ¡Este Luis! ¡Este Luis!
CONCHA Es así desde muchacho. Un calaverilla.
LUCAS (Entrando en el ascensor.) Algo estrechos vamos a estar en el ascensor, pero, ¡qué demonio! el viaje no es largo.
CONCHA No digas estrechos, pegaditos. (Van entrando en el ascensor.)
LUIS Entonces voy a ponerme junto a usted.
JOSEFINA (Riendo.) Guasa viva.
NEMESIO Avisa.
DANIEL (Oprimiendo el botón simulado del timbre.) Ya está.
JOSEFINA (Dentro.) ¡Enjaulados! ¡Enjaulados! Bien es cierto que para locos como nosotros una jaula es la más propia habitación. (Han entrado todos menos Nemesio y Daniel. La puerta del ascensor se ha cerrado.)
LUIS Suelta ya, Daniel. (Daniel lo hace y el ascensor empieza a bajar lentamente.)
EDUARDO ¡Despacito! (Dentro.)
LUIS Y despídanse ustedes del mundo. (Dentro.)
DANIEL (A Nemesio.) ¡Vaya un dicho! (El ascensor ha desaparecido. Una oscilación de cable indica su marcha.)

ESCENA V

DANIEL y NEMESIO

- NEMESIO No está de más. Ya sabes el refrán minero. Bajar a la mina es andar del brazo con la muerte. Sólo que con ellos no reza. Tos tan seguros como ellos.
DANIEL A ver. El cable es nuevo y está firme. (Señalando el hueco.) Miá, miá qué suavemente se va deslizando el ascensor. Parece que vuela poco a poco, pardalocheando como

los aguiluchos. Cá vez se hace más pequeño. Cá vez se oyen menos las voces y las risas... Ya se perdió en lo negro del pozo. Se lo ha tragao la sombra. (Mirando el cable.) Poco les falta pa llegar. El mismo cable avisa. Ya llegaron. (Suena el timbre en la plataforma.) Fondo. Listo hasta el otro viaje. (Deteniendo el ascensor.) Echa un cigarro, hombre. (Nemesio saca la petaca y se la da a Daniel, que lía un cigarrillo.)

- NEMESIO Toma. (Viendo la calma de Daniel.) Y despacha pronto. Tengo que ir a la fundición y son muy cerca de las doce. (Sacando un reloj.) Esto de vegilar es lo más pesao.
DANIEL Ahí te va la petaca. Muchas gracias, hombre. (Devolviendo la petaca a Nemesio.)
NEMESIO Hasta luego, Daniel.
DANIEL (Mientras enciende el cigarro.) Anda con Dios, Nemesio. (Sale Nemesio por la izquierda y Daniel da tres o cuatro chupadas lentas al cigarro.)

ESCENA VI

DANIEL, en seguida CESÁREA

- DANIEL Qué mal tabaco fuma este capataz. (Aparece Cesárea en la puerta del fondo; vestirá de luto. Daniel la ve.) ¿Eres tú? Creí que era una otra persona. Entra, mujer, entra, tú no estorbas.
CESÁREA (Avanzando.) Daniel...
DANIEL Desde entonces es la primera vez que nos vemos. ¡Ni que te escondieses de mí! ¿Tenías miedo de encontrarte conmigo?
CESÁREA ¿Miedo? Quien procede mal teme. No he procedido mal en nada ni con nadie.
DANIEL ¿Con nadie?... No dicen eso los mineros.
CESÁREA ¿No?
DANIEL Dicen que entre tú y mi hijo, Pablo, el que mataron, les habéis engañao; que les ofrecisteis el desquite y que el desquite

- aún está por tomar. Al otro le perdonan, claro está, como que no vive. A los muertos debe perdonárselos. A los vivos no. Por eso no te perdonan los mineros a ti. ¡Pobres! ¿Qué saben ellos?. Sienten el mal y echan la culpa al más cercano. Ahora el más cercano soy yo.
- CESÁREA DANIEL Sigo sin entenderte. Me ocurre lo que a los mineros. Allá tú.
- CESÁREA Allá yo, dices bien. No guardo rencor a los mineros porque me desprecien y me odien. Están aplanados por el golpe que acaban de sufrir. Ya despertarán por la justicia.
- DANIEL Hay algo mejor que la justicia. Esa pa triunfar, tú mesma lo dices, tarda mucho. Hay algo mejor que la justicia; siquiera porque tarda menos, es mejor.
- CESÁREA (Sorprendida.) ¿Qué quieres decir?
- DANIEL Yo me entiendo. Cá uno con su idea. Los obreros te odian y te desprecian. ¿Tú dices que no tienes pa ellos rencor?
- CESÁREA No. Ni siento rencor ni estoy arrepentida. Ya ves, aquí, muy cerca de aquí, cayó Pablo; el único hombre a quien podía querer ya esta mujer. Pues si Pablo resucitara y si por la redención de todos tuviese que morir otra vez, no vacilaría en decirle: muere.
- DANIEL ¡Cesárea!
- CESÁREA Vacilar. No vacilaba antes del crimen. ¿Cómo iba a vacilar después? Mayor es mi ansia de desquite. ¡Ay, si los obreros de esta mina y de las otras minas hubiesen querido! No quisieron, no quieren; no pueden querer. La matanza les acobardó. De ahí que nada intente. De ahí que me aleje de estos sitios. ¿Crees que lo hago por temor? ¿Supusiste que me escondía para no verte? Te engañas. Prueba de ello es que vengo en tu busca, exponiéndome a que me echen a palos.

- DANIEL ¿Buscarme? ¿Pa qué?
- CESÁREA Para decirte adiós.
- DANIEL ¡Ah!... ¿Te vas?
- CESÁREA Me echan. Me echan la mala voluntad de los obreros y el odio de los amos. Los obreros maldicen de mí. Los amos me niegan el jornal. Hay que ganar la vida. Hay que seguir luchando y me voy. Aquí nada se puede hacer.
- DANIEL ¿Crees que no quea na que hacer aquí?
- CESÁREA Al presente no.
- DANIEL Yo creo lo contrario y me queo.
- CESÁREA ¿Tú? (Sorprendida.)
- DANIEL Yo. ¿Imaginas que estoy sirviendo a los que mataron a mis dos hijos, al que disfrutó y barrió a mi Anita, por ganarme un mendrugo de pan? Vaya, mujer, entonces eres tonta. No has mirao hondo pa aquí dentro. No conoces a este hombre.
- CESÁREA ¿Qué?
- DANIEL Me oyes así como espantá. Claro, como no hago descursos, como siempre obedecí al amo, tú te habrás pensao: «Este hombre es un guiñapo; este hombre no sirve más que pa bajar la caeza y lamer las manos que le dañan.» Pues no. Este hombre cuando le hacen un mal, no lo olví; este hombre, cuando le hieren, hieren. Ahí tiés pa lo que me he queao.
- CESÁREA ¿Tú?
- DANIEL Un día me dijiste que mi mujer y mi pequeño habían muerto de hambre sin que yo los vengara. Yo te respondí: «Porque la hambre no tié fegura de presona.» Hoy es otra cosa. Hoy los culpables llevan fegura de persona, y yo sé quiénes son. ¡Je! ¡je! ¿Qué pensabas? ¿Que iba a hacer lo que tú? ¿A dirme como tú? No, mujer, no. Yo soy de otra pasta; me queo.
- CESÁREA ¿Eres tú, tú, Daniel, quien habla de ese modo?

- DANIEL Yo ; yo mesmo. Yo soy quien habla así ; yo, Daniel, el desdichao, el que siempre bajó la caeza ante el amo. Yo, Cesárea, soy el que está hablando de este mó.
- CESÁREA ¡Quedarte ! ¿No piensas como yo?
- DANIEL No sé lo que pienso. Sólo sé lo que voy a hacer. No busques en mí al Daniel de antes. Soy otro. He cambiao tal que si me hubiesen puesto un hombre nuevo. ¡Y decir que este cambio fué en un día, sólo en un día ! Bien es verdá que un día perdí tó lo que tenía que perder.
- CESÁREA Vamos, valor, Daniel. Hay que tener valor.
- DANIEL Sí ; tó fué en un día. Primero mi horno destrozao ; después el señorito gritando : ¡fuego ! y los soldaos tirando y los obreros tirando a la par y Pablo de un lao y Pedro de otro, en tierra, echando por sus herías sangre, mucha sangre... Muertos, muertos los dos y yo arrodillao junto a los dos, mientras tú me gritabas que mi hija era quería de don Luis. Tó en una hora. Ya, ya fueron golpes.
- CESÁREA ¡Cuánta infamia !
- DANIEL Por eso caí al suelo, porque los golpes fueron muchos ; por eso me llevaron al hespital. Y miá tú qué cosa más rara. En mi calentura veía el horno roto y los hijos muertos y la hija a las voluntaes de don Luis. Y cuando salí del hespital seguí viendo lo propio ; y cuando me dieron la limosna del ascensor, lo ví claro, como si estuviera pasando entonces ; y ahora lo veo claro, mu claro, más claro que nunca : hasta me paice que oigo los tiros de la tropa y los besos del señorito. Lo veo ; y los muertos, ¡muertos ! y la perdía, perdía : ¡y yo aquí, aquí, sólo pa en jamás y con estos remos inútiles !... ¿Y creías que iba a aguantarme ? Vaya, mujer, que no.

- CESÁREA ¿Qué tratas de hacer ? ¿Qué es lo que te propones ? (Suena dentro una campana llamando al trabajo.)
- DANIEL La campana que llama a los trabajaos. Es la hora de cambiar el turno. Hay que esperar. No te despidas entoavía de mí. (Sale por la derecha un grupo de trabajadores y entra por el fondo otro a cuyo frente irán Irene y Pacorro.)

ESCENA VIII

Dichos, IRENE, OBRERAS 1 y 2, PACORRO, OBRERAS y OBREROS.—Los obreros que aparentan salir de los pozos y de los talleres, llevarán candiles, en la mano unos y otros irán sucios, renegridos. Los que salen por el fondo irán cogiendo candiles de las paredes y desapareciendo, excepción de Pacorro e Irene. Los obreros que salen del trabajo se retiran por el fondo y los que vienen a él por la derecha.

- PACORRO Buenos días, Daniel.
- DANIEL Buenos los tengamos, Pacorro. ¿Al trabajo ?
- PACORRO Nos toca en la segunda tanda.
- CESÁREA Hola, Irene. ¿A trabajar ?
- IRENE Con éste. (Por Pacorro.) Y si a éste le hubiese tocao morir aquel día, acaso me hubiera ido con él al cementerio.
- CESÁREA Yo me quedé, Irene.
- IRENE Quizás porque tiés menos alma que yo.
- CESÁREA O porque tengo más.
- PACORRO (A Irene.) ¡Bah, chica, no disputes ; déjala ! (Irene se aparta de Cesárea.)
- OBRERA 1 (A Irene.) Eso, déjala y que se largue pronto. Aquí ya no quean tontos que embau-car.
- OBRERA 2 Ni novios que llevar a la muerte. (Cesárea las oye sonriendo con melancolía bondadosa.)
- DANIEL (Bajo a Cesárea por los obreros.) ¿Oyes ?
- CESÁREA (Mientras van saliendo.) Sí, oigo. Les oigo y más cariño siento hacia ellos. Es preciso luchar siempre, ¡ siempre ! para que tanta

miseria y tanto abandono, y tanta servidumbre dejen de existir. (Acaban de salir los obreros todos.)

DANIEL No sé si la miseria y el abandono de éstos dejarán de existir algún día. Lo que te aseguro es que los causantes de mi desgracia dejan de existir hoy.

CESÁREA ¿Cómo?...

DANIEL Como lo oyes. Yo no pierdo el tiempo. No hablo. Hago.

ESCENA IX

CESÁREA y DANIEL

CESÁREA ¿Hacer qué? Dilo.

DANIEL Ven. Mía. Abajo está el pozo. Doscientos veinte metros. Por ahí el ascensor sube y baja. Ahí (Dentro.) está el tambor dentado ande se enrolla el cable, y aquí (Por la rueda o manubrio.) el tornillo también dentado que engrana con el tambor éste y regula la marcha. Si el tornillo sacara sus dientes de los del tambor, éste daría vueltas como un loco, y cable y ascensor caerían de golpe, ¿verdad?

CESÁREA Sí.

DANIEL Hoy vas a ver eso.

CESÁREA ¿Qué?

DANIEL Lo que oyes. Abajo, almorzando cosas buenas y bebiendo vinos mejores, están los causantes de mi desgracia. Abajo están y van a subir. Yo les espero en la boca del pozo. A la boca llegan, pero salir... Lo que es salir, no salen. (Abre la barandilla.) ¡Daniel!

CESÁREA

DANIEL Tendrían que devolverme esta pierna y este brazo inútiles; tendrían que devolverme mi horno; tendrían que devolverme a mis hijos vivos y a mi hija honrada. Tendrían que hacer eso, no pueden, y como

no pueden, no van a poder salir tampoco... (Movimiento de interrupción en Cesárea.) Si hubiesen matado a los hijos de los demás y disfrutado a las hijas de los demás y roto los hornos de los demás, yo como si tal cosa. Pero lo mío es mío y me lo robaron. A los ladrones se les mata. (Suena el timbre que hay junto al ascensor dando tres repiques.) Llaman. Ellos son. Tres repiques se dan solamente para el amo. (Otro toque.) Ya entraron. Arriba el ascensor. (A Cesárea.) Si quieres irte, vete.

CESÁREA ¡Suben!...

DANIEL ¡Pa mí que lo que voy a hacer es justo. Tú, que tanto querías a Pablo, ¿no lo crees también? Si no lo crees, vete. ¿Qué? ¿Te vas?

CESÁREA Me quedo. (La actriz interpretará este momento.)
DANIEL Vamos, no te vas. Mira, mira entonces, Cesárea. (Cesárea mira hacia abajo, se oyen risas y voces que van aumentando.)

JOSEFINA (Abajo, riendo.) ¡Qué bonito efecto el de la luz tras la obscuridad!

LUIS (Abajo.) Parece que vamos a la gloria. (Asoma la caperuza del ascensor.)

DANIEL ¡A la gloria! (Separa el tornillo; el ascensor desaparece y se oye un grito ahogado.) No. ¡Abajo!
¡A la mina! ¡Al infierno! Cesárea retrocede. Daniel se inclina sobre el fondo del pozo con el oído atento y volviéndose hacia Cesárea con la entonación y el gesto que el actor considere más conveniente a la situación.) ¡Fondo!

TELÓN

FIN DEL DRAMA

**BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL**

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

| | |
|--|-----------------------------|
| La Princesa del Dollar | Los dos pilletes |
| La Ola gigante | D. Juan de Serrallonga |
| El señor Conde de Luxemburgo | El Rey Lear |
| Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes | Espectros |
| El Sol de la Humanidad | Las Cigarras Hormigas |
| Zazá | El Registro de la Policía |
| Mujeres Vienesas | El vergonzoso en Palacio |
| Hamlet | La Fuerza de la Conciencia |
| Giordano Bruno | Aurora |
| El nido ajeno | Eva |
| El Rey | El Bufón |
| Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV | El Cuchillo de Plata |
| Los Miserables | Nick Carter |
| La ladrona de niños | La Cena de los Cardenas |
| Los dioses de la mentira | ¡Justicia Humana! les |
| Cristo contra Mahoma | El Señor Feudal |
| Juventud de Príncipe | El veranillo de S. Martín |
| Juan José | El desdén con el desdén |
| La sociedad ideal | Cuento inmoral |
| La cizaña | Amor de amar |
| Entre ruinas | La dama de las camelias |
| La vida es sueño | La domadora de leones |
| Sabotage | Los dos sargentos franceses |
| Pasa la ronda | El Místico |
| Magda | García del Castañar |
| El Papá del Regimiento | La fierecilla domada |
| La viuda alegre | El honor |
| El Alcalde de Zalamea | El sí de las niñas |
| | María Antonieta |
| | El Conde de Montecristo |
| | Otelo |
| | El Barbero de Sevilla |

Daniel

DE TREN Á TREN

COMP-DRAMATICA.
BERRONES CARRILLO.